

Skinner o el final del conductismo

Desconfío de las ideas de moda. Hay que hacer una selección y distinguir a la gente seria de los que se glosan entre sí.

Jean Piaget ¹

La moda, en psicología, hace ya tiempo que no se llama Skinner. Durante muchos años, el conductismo dominó ampliamente el panorama de la psicología científica, y, si no en teoría, en la práctica se empeñó en desterrar al ámbito de lo extracientífico cualquier orientación psicológica que no se situara en una posición similar a la suya. Skinner vivió lo suficiente para conocer la difusión del análisis experimental de la conducta y la extensión de sus aplicaciones prácticas a una gama cada vez más amplia de situaciones humanas. Y, también, para asistir a la pérdida de la hegemonía, a las críticas generalizadas y a la quiebra incluso de la confianza inicial, ingenua y entusiasta, en las posibilidades de la modificación de conducta.

Su fallecimiento reciente (1990) invita a examinar de nuevo su obra, lo que significó y lo que queda o pueda quedar actualmente de la misma. Mi particular «historia de refuerzos» me ha llevado por caminos que están lejos de los que frecuentaba Skinner. Pero, imitando el ejemplo de Piaget, he aprendido también a desconfiar de las modas. Por ello no me sumaré sin más al coro hoy dominante de los que, devolviéndole la intolerancia de que hizo gala en sus mejores tiempos, celebran la muerte sin esperanza del conductismo. Intentaré, por el contrario, acercarme inicialmente más como lector

1 J.-Cl. Brenguier, *Conversaciones con Piaget* (Granica, Barcelona 1977) 40.

interesado en comprender una orientación psicológica que nunca he compartido globalmente, pero que sigo frecuentando. Sólo después trataré de razonar los motivos por los que en última instancia considero actualmente la posición de Skinner agotada en sí misma, con muy pocas probabilidades de contribuir ni siquiera a su propia «supervivencia».

Puesto que el interés se centra en la obra misma de Skinner y a ella se van a limitar preferentemente las referencias, comenzaremos (I) con un repaso a su producción más importante. Ello nos dará ocasión para *situar su propuesta psicológica y antropológica* en relación a otras perspectivas. Nos permitirá también ver, al menos eso espero, la unidad compacta que ofrece su psicología desde los comienzos. En un segundo momento (II) se presentará una *lectura selectiva y crítica*, destacando los elementos que configuran la «ciencia de la conducta» y el conductismo en el que se sustenta ², y su extensión al campo del comportamiento humano y de la cultura.

I.—LA FORMACION DE «UN» CONDUCTISMO

Aparentemente había fracasado como escritor, pero ¿no era posible que la literatura me hubiera fracasado como método? Se podía gozar con los recuerdos de Proust y compartir los tormentos de los personajes de Dostoyevski, pero ¿comprendían realmente Proust o Dostoyevski? (Autobiografía I, 393).

Marc Richelle, en una de las defensas de Skinner más inteligentes que conozco ³, insiste en la variedad de aspectos que presenta su obra, estrechamente vinculados entre sí y que se iluminan mutuamente, pero que conviene diferenciar. Sus aportaciones se extienden a:

— Una *técnica de investigación*, ejemplarmente resumida en la jaula de Skinner, «cuyos méritos no ha discutido nadie».

2 «El conductismo no es la ciencia del comportamiento humano. Es la filosofía de esa ciencia» (*Sobre el conductismo*, 13). Para las citas de las obras de Skinner, cf. nota 4.

3 B. F. Skinner o el peligro behaviorista (Herder, Barcelona 1981) 26.

- Unas *proposiciones metodológicas*, «cuyo valor heurístico en las ciencias psicológicas puede reconocerse sin concederles las consecuencias teóricas ni ideológicas que tienen en la obra de Skinner».
- Un conjunto de *hechos experimentales*, contrastables y replicables por la comunidad científica.
- Una *teoría de la conducta*, tributaria inicialmente de la psicología del aprendizaje y finalmente de la psicología general.
- Una *reflexión sobre el hombre y la cultura humana*, que para Skinner se desprende lógicamente de los puntos anteriores, pero que es posible discutir, aceptar o rechazar.

Todo esto puede ser cierto. Lo es en muy buena medida, aunque no hasta el punto de poder renunciar a las consecuencias «teóricas e ideológicas» sin que la renuncia afecte de manera sustancial la posición de Skinner. Pero un tratamiento independiente de tales aspectos corre el riesgo de perder de vista un punto esencial: la unidad de toda su obra. Tal vez se pueda evitar ese riesgo con una revisión de sus publicaciones más características, como prólogo a la descripción de su sistema psicológico. Nos detendremos en primera instancia en los trabajos que se agrupan en torno a *La conducta de los organismos*, que permiten asistir de cerca a las intuiciones más originales de Skinner, expresadas aún de manera en muchos casos provisional y exploratoria. Veremos después su obra de madurez, sobre la que pasaremos más rápidamente en atención a que muchos de sus elementos serán objeto de posterior consideración ⁴.

4 Gran parte de la obra de B. F. Skinner está traducida al castellano. Por orden cronológico de la edición original y limitándome sólo a las que serán citadas con alguna frecuencia: *La conducta de los organismos. Un análisis experimental* (1938), Fontanella, Barcelona 1975; *Walden Dos* (1948), *Id. ibid.*, 1968; *Ciencia y conducta humana* (1953), *Id. ibid.*, 1970; *Tecnología de la enseñanza* (1968), Labor, Barcelona 1970; *Más allá de la libertad y de la dignidad* (1971), Fontanella, Barcelona 1972; *Registro acumulativo* (3ª ed., 1972), *Id. ibid.*, 1975; *Sobre el conductismo* (1974), *Id. ibid.*, 1975; *Autobiografía I, II y III* (1976 y 1979), *Id. ibid.*, 1980. Las citas se harán indicando título y página de la versión castellana, salvo en los casos en que se haya corregido la traducción. Se citarán por la edición original: *Verbal Behavior* (Appleton-Century-Crofts, New York 1975); *Contingencies of Reinforcement. A Theoretical Analysis* (*Id. ibid.*, 1969). Las referencias a otras obras y artículos, que

1. CONDUCTISMO DESCRIPTIVO

La conducta de los organismos es la primera obra importante de Skinner, y casi treinta años después el autor la juzgaba «como un libro todavía viable» (p. 16). Es este un título del que todo el mundo habla al referirse a Skinner. Dudo que haya tenido un número comparable de lectores, pese a lo cual su incidencia en la historia del último conductismo ha sido decisiva. Un volumen considerable de investigaciones experimentales y reflexiones teóricas previas (véase la relación en pp. 460-1), incorporadas en gran parte a la propia obra o reunidas posteriormente (en *Registro acumulativo*, 478-555), explica su sorprendente madurez. Pero su interés, valorado a una distancia de más de medio siglo, reside sobre todo en que permite asistir a la versión germinal de una manera nueva de entender la psicología como ciencia de la conducta.

Situada conscientemente en la tradición conductista, la posición inicial de Skinner se distancia desde sus primeras publicaciones de la presentación vulgarizada del conductismo clásico, resumida en la explicación del comportamiento en términos de estímulos y respuestas (S-R). Skinner no ha sido nunca un psicólogo S-R. En este punto sus continuas protestas y las de sus seguidores llevan toda la razón frente a sus críticos⁵. Ni la función del ambiente, ni el análisis de la acción del sujeto (de los organismos, para atenernos a la terminología de Skinner), ni las características de la propia respuesta pueden reducirse a la ecuación simple estímulo-respuesta. Es más estrecha su vinculación con Thorndike⁶ que con Watson, y no sólo por su versión operativa de la ley del efecto, por más que algunos de los

aparecerán mencionadas con mucha menos frecuencia, se darán completas en cada caso.

5 Y ello ya desde su primera obra: «El intento de hacer encajar la conducta en la fórmula simple 'estímulo-respuesta' ha retrasado la aparición del tratamiento adecuado para un amplio sector de conducta del que no es posible mostrar que se encuentra bajo el control de estímulos provocadores» (*La conducta de los organismos*, 35). Y, en 1971: «cada una de ellas repetía un malentendido corriente por lo que respecta a mi postura. Una suponía que yo era un psicólogo del estímulo-respuesta (cosa que no soy)...» (*Registro acumulativo*, 388).

6 «La conducta característica de tipo R fue estudiada nada menos que en 1898 (Thorndike)» («Dos tipos de reflejo condicionado. Respuesta a Konorski y a Miller» (1937), en *Registro acumulativo*, 554). Hilgard reprochó a Skinner el silencio sobre su deuda con Thorndike en *La conducta...*, deuda que el mismo Skinner reconoce en carta a Thorndike: «La recensión que hace Hilgard de mi libro en el *Bulletin* me ha recordado cuánta parte de la obra de Vd. sobre este campo he omitido agradecer» (*Autobiografía* III, 75).

supuestos del conductismo clásico estén no sólo asumidos sino radicalizados desde el principio.

Desde el punto de vista histórico, la aportación más original de estas primeras investigaciones gira en torno a la conocida distinción entre conducta refleja y conducta operante (condicionamiento clásico y condicionamiento instrumental, si nos atenemos a la terminología al uso, que no procede de Skinner). En este estadio inicial, la conducta operante se incluye, como la respondiente, en la categoría común de *reflejo*, que Skinner abandonó poco después por resultarle «excesivamente rígida»⁷: «Existen dos casos fundamentales (de reflejos): en uno el estímulo reforzante correlaciona temporalmente con una respuesta y en el otro con un estímulo. En lugar de «correlaciona con» podríamos escribir «es contingente a». La conducta que sigue una estimulación específica es un reflejo en sentido tradicional. «Me referiré a este reflejo como *respondiente*». La conducta producida espontáneamente recibe el nombre de *operante*. «Llamaré a esta unidad *operante* y a la conducta en general, *conducta operante*»⁸.

Skinner fue consciente desde el principio de la importancia de esta distinción, que de hecho liberó para la psicología un amplio sector del comportamiento y permitió así dotarla de un objeto de estudio específico y autónomo. Hasta el punto de sugerir limitar al estudio de la conducta operante toda la ciencia psicológica: «La conducta operante claramente satisface una definición basada en el efecto que el organismo surte sobre el ambiente, y se plantea la cuestión de si no constituye propiamente el objeto principal del estudioso de la conducta y de si la conducta respondiente ... no puede razonablemente dejarse en manos del fisiólogo» (453)⁹.

7 *Registro acumulativo*, 479. Ya en *La conducta de los organismos*, a pesar de mantener el término, advertía que, «en la conducta operante, el significado original figurativo se pierde» (454).

8 «Dos tipos de reflejo condicionado. Respuesta a Konorski y a Miller» (1937), en *Registro acumulativo*, 547 y 549. Se trata de la primera mención del término «operante», aunque la distinción real entre los dos tipos es anterior (Cf. «Dos tipos de reflejo condicionado y un pseudo-tipo» (1935), *ibid.*, 535-45).

9 En esta primera versión se mantienen algunas variables intermedias (hipotéticas), tales como *fuerza del reflejo*, *reserva del reflejo*, *reflejo*, *emoción*, *tendencia*. Su presencia indica el carácter exploratorio de la teoría en esta fase, pero se trataba claramente de residuos difícilmente integrables en la idea de conducta y de ciencia aquí propuesta. Por ello fueron muy pronto abandonados sin ser sustituidos y sin que en la obra posterior vuelvan a mencionarse. «La 'reserva refleja' era un concepto abortivo, aunque operacional, abandonado aproximadamente un año después

Por lo demás, en pura tradición behaviorista, la conducta se entiende siempre en términos físicos. Uno tiene la sensación de estar escuchando, en este punto, a Watson: «A diferencia de otras actividades del organismo, los fenómenos de la conducta se caracterizan por su calidad de manifiestos. La conducta es lo que un organismo *hace*» (p. 20). Este anclaje conductista, cuya fuerza reside justamente en la percepción del carácter interactivo de todo comportamiento, se acentúa en Skinner con un conjunto de opciones teóricas y metodológicas que su obra posterior radicalizará hasta el extremo. Pero se encuentran prácticamente todas implícita o explícitamente formuladas desde sus primeros escritos.

Una orientación «positivista» (60) y «mecanicista» (448) excluye del campo de la conducta todo lo que no sea una correlación observable de hechos físicos. Con ello ni la fisiología ni la orientación mentalista de algunas psicologías pueden ser integradas en una ciencia de la conducta como tal¹⁰. Además, Skinner enlaza desde el comienzo de su obra científica con la corriente operacionista. En opinión de Mackenzie, «probablemente fue el primer defensor de las definiciones operacionales en psicología», aunque sólo años más tarde se ocupó expresamente del tema¹¹. La explicación de la conducta queda reducida a una descripción lo más rigurosa posible de relaciones funcionales. El problema heredado por la psicología de la corriente empirista y asociacionista (la desustantivación de la conducta y la reducción del sujeto que se comporta a un haz de

de su publicación» («A Case History in Scientific Method», en *Cumulative Record*, 1972, 3ª ed., 112).

10 «La moda en boga de tratar de buscar en un hecho de la conducta sus correlatos neurológicos en lugar de validar el hecho como tal, y luego proceder a tratar otros problemas de la conducta, obstaculiza enormemente el desarrollo de la ciencia de la conducta» (*La conducta...*, 442). Por otra parte, la descripción de la conducta como «voluntad, cognición, intelecto, etc. 'no puede aceptarse, en cuanto pretende estar estudiando un mundo mental'» (*Ibid.*, 456).

11 B. D. Mackenzie, *El behaviorismo y los límites del método científico* (Desclée de Brouwer, Bilbao 1982), 146. Sobre los problemas del operacionismo en psicología, cf. J. M. García Prada, *El retorno a la experiencia en psicología* (San Esteban, Salamanca 1985) 85-98. Mackenzie se refiere al estudio 'El análisis operacional de los términos psicológicos', de 1945 (*Registro...*, 413-429). Pero Skinner trata ya el tema en su tesis doctoral (cf. 'El concepto de reflejo en la descripción de la conducta', *ibid.*, 478-510, esp. 500), que bastantes años más tarde recordaba como «en parte un análisis operacional de la sinapsis de Sherrington, en el que las leyes de la conducta sustitúan a supuestos estados del sistema nervioso central» ('Un caso dentro del método científico', *ibid.*, 115).

relaciones sucesivas) llega también en este caso a sus últimas consecuencias.

La conducta de los organismos basa sus propuestas en una serie de datos experimentales obtenidos en laboratorio con ratas blancas. Apenas se alude al comportamiento humano. ¿Es posible extender sus resultados y aplicarlos a otras especies y, concretamente, a la conducta del hombre? Tal vez, insinúa Skinner al final de su obra, «haya propiedades de la conducta humana que requieran un tipo diferente de tratamiento». Tal vez. Pero, «si el autor de un libro de este tipo está autorizado a aventurar públicamente una conjetura, puedo decir que las únicas diferencias que espero se revelen entre la conducta de la rata y la del hombre (aparte de las enormes diferencias de complejidad) radican en el campo de la conducta verbal» (453).

De hecho, cuando se publicó la obra ya había comenzado a investigar el comportamiento verbal, aunque su estudio más importante aparezca bastantes años después¹². El análisis de la conducta verbal representa, como veremos, el asalto definitivo al «hombre interior» por parte del conductismo y la reducción más drástica de lo humano al nivel común de todo comportamiento. El programa está anunciado y, en mi opinión, aparte el refinamiento teórico y técnico, la obra posterior se puede tomar como una explicitación (y, en muchos casos, como simple extrapolación) de lo que, con menos pretensiones, se encuentra incoativamente en sus primeras publicaciones.

2. UNA UTOPIA CIENTIFICA

La bibliografía de Skinner cuenta con una obra atípica, al menos para lo que suele ser habitual en el mundo de la psicología: la novela *Walden Dos*¹³. A pesar del apego que sintió siempre el autor por este libro, no pasará a la historia por su valor literario. Riche-

12 *Verbal Behavior* (Cf. *infra*). Puede seguirse el curso de las investigaciones sobre la *conducta verbal* a partir ya de 1934 en *Autobiografía II*, 257 ss. Aunque *Verbal Behavior* no se publica hasta 1957, los trabajos incluidos en *Registro acumulativo* bajo la rúbrica «Conducta literaria y verbal» (399-465) son de 1929-45.

13 No es, sin embargo, caso único. Piaget adelantó algunas de sus intuiciones más características en la novela *Recherche*, publicada en 1918 (La Concorde, Lausanne). Como es sabido, Skinner se apoyó en el título y estructura de *Walden*, de Thoreau (Cf. H. D. Thoreau, *Walden and Other Writings*, Bantam Books, Toronto 1982, 105-351), cuya última frase («El sol no es más que una estrella matutina») era el título previsto inicialmente para su novela (Cf. *Autobiografía III*, 222).

lle reconoce abiertamente que «no figuraría entre los diez libros que me llevaría a una isla desierta». Yo no lo aconsejo, como novela, ni siquiera para un fin de semana. Estoy totalmente de acuerdo con el mismo autor cuando afirma que, desde un punto de vista estrictamente literario, hay muchas páginas científicas de Skinner bastante más logradas¹⁴. Si el valor literario es escaso, su importancia en el conjunto de su obra apenas se podrá exagerar: en mi opinión constituye una de las claves para situar el horizonte hacia el que Skinner orientó desde muy pronto su quehacer científico.

Para nuestro propósito es de muy escaso interés ofrecer un resumen de su contenido, apoyado en una trama que parece mero pretexto para una exposición puramente doctrinal. Walden Dos es una comunidad planificada. Y su planificación descansa sobre un supuesto básico: «niego absolutamente que exista la libertad. Debo negarla..., pues de lo contrario mi programa sería totalmente absurdo. No puede existir una ciencia que se ocupe de algo que varíe caprichosamente. Es posible que nunca podamos *demostrar* que el hombre no es libre; es una suposición. Pero el éxito creciente de una ciencia de la conducta lo hace cada vez más plausible» (p. 286). El carácter determinista de la primera obra, reducido prudentemente al comportamiento animal, se encuentra aquí generalizado y como punto de partida. Y no se trata sólo de un determinismo supuesto sobre el que opera metodológicamente la ciencia de la conducta. Skinner se sitúa, sin ambigüedad alguna, en una postura radical que excluye de entrada la posibilidad misma de encontrarse, en el análisis del comportamiento humano, con el límite de la libertad o de la espontaneidad interior.

Desde el momento en que toda conducta se considera determinada, la alternativa *libertad-planificación* aparece como un falso problema, puesto que el sentimiento de libertad no se refiere a la ausencia de causas que determinen u obliguen el comportamiento sino a la falta de coacción. Renunciar a la posibilidad de planificar conscientemente la actividad personal y colectiva, en beneficio de una supuesta libertad, es sencillamente abandonarla en manos del azar o de la selección natural. «Una vez conseguida una ciencia de

14 Cit. en n. 3, p. 138. Si de nuevo valen las comparaciones, tampoco la novela de Piaget tiene valor literario alguno. Pero Piaget, a pesar de su asombrosa fecundidad y a diferencia de Skinner, ha sido siempre un escritor descuidado y en general sin estilo.

la conducta, no existe otra alternativa que una sociedad planificada» (p. 293).

Por lo demás, el *refuerzo positivo* no sólo no excluye sino que aumenta el sentimiento interior de libertad: «Podemos establecer una especie de control bajo el cual el controlado, aunque observe un código mucho más escrupulosamente que antes, bajo el antiguo sistema, sin embargo *se sienta libre*. Los controlados hacen lo que quieren hacer, y no lo que se les obliga a hacer. Esta es la fuente del inmenso poder del refuerzo positivo. No hay coacción ni rebeldía. Mediante un cuidadoso esquema cultural, lo que controlamos no es la conducta final, sino la *inclinación* a comportarse de una forma determinada... Los motivos, los deseos, los anhelos. Lo curioso es que, en este caso, *el problema de la libertad nunca surge*» (p. 292).

Ha sido probablemente esta pretensión de modificar en su misma intencionalidad el comportamiento, alterando sus propósitos y metas existenciales, que aquí se presenta como un proyecto científica y técnicamente justificado, lo que suscitó más reservas y mereció las críticas más duras. Sobre todo cuando la obra posterior de Skinner abandonó la ficción literaria para afirmar lo mismo en sus publicaciones científicas. Tildada de «utopía innoble», cuyo mayor delito habría sido destruir la posibilidad misma del azar, la comunidad de Walden Dos es obra de un genio planificador al que se ha comparado con el Gran Inquisidor, de *Los hermanos Karamasovi*. Frazier haría seguramente suyas las palabras del Gran Inquisidor a Jesús: «Esa gente está más convencida que nunca de que es enteramente libre y, sin embargo, ellos mismos nos han traído su libertad y sumisamente la han puesto a nuestros pies... Ahora es posible, por primera vez, pensar en la felicidad de las gentes»¹⁵.

Tendremos ocasión de discutir más adelante algunas de las cuestiones aquí apuntadas. Lo cierto es que Skinner concedió cada vez más importancia al programa presentado en esta novela.

¹⁵ F. M. Dostoyevski, *Obras completas* (Aguilar, Madrid 1961) III, 207. «Nuestros miembros, en la práctica, están siempre haciendo lo que quieren —lo que «eligen» hacer— pero nosotros conseguimos que quieran hacer precisamente lo que es mejor para ellos mismos y para la comunidad» (*Walden Dos*, 330). Cf. Xavier Tilliette, 'La tentation de l'autorité', en *Archivio di Filosofia*, 1968, nn. 1-2, 177-84: «En vez de guerras, discordias y males generados por la libertad, (el Gran Inquisidor) instaura la seguridad de la organización, la actividad regulada de los hormigueros. ...Su idea, su pasión, su delirio es este: imponer a los hombres una felicidad a la medida de su miseria» (179).

«*Walden Dos* no fue en modo alguno la primera utopía que minimizó el control punitivo, pero fue, según creo, la primera que ofreció pruebas científicas sustanciales de que eran factibles otros métodos»¹⁶. Convencido, cuando se publicó el libro, «más que nunca de su validez», «una especie de ingeniería conductual que demostró su efectividad en la vida diaria comenzó muy pronto a sustituir mi relato imaginario» (*Autobiografía* III, 246 y 250). De esta sustitución da fe su obra posterior.

Ciencia y conducta humana (1953) es el texto de referencia para comprender la posición definitiva del análisis funcional de la conducta. Algunos de los conceptos clave del conductismo skinneriano se encuentran aquí definitivamente perfilados. Por ejemplo, la nueva formulación de la ley del efecto de Thorndike, que parece reconocer implícitamente el carácter instrumental del condicionamiento operante (lo que dará lugar a que posteriormente algunos lo hayan entendido como una actividad propositiva). Por otra parte, las áreas de intervención a las que comenzaba a aplicarse (educación, terapia, conducta verbal, planificación y control de la cultura) se integran en esta obra como una parte coherente de la ciencia de la conducta. En cierto modo y en distinto plano, presenta con *Walden Dos* un mismo programa: la ciencia de la conducta convertida en herramienta hermenéutica exclusiva del comportamiento humano, individual y social.

3. LA EXTENSION DE LA CIENCIA DE LA CONDUCTA

A partir de *Ciencia y conducta humana* Skinner publicará algunas de sus obras más notables. Hasta la aparición de *Sobre el conductismo* (1974), que puede ser considerado como el último intento por ofrecer una justificación aceptable de su posición teórica (escrito, además, a la defensiva), su bibliografía incluye varios libros y un número considerable de artículos. Pero ninguno de ellos representa en rigor una variación importante, ni siquiera significativa, de su

¹⁶ Prólogo a K. Kinkade, *Un experimento 'Walden Dos'* (Kairós, Barcelona 1976) 10 (subrayado por mí). Skinner confunde en este caso la realidad con los deseos. *Walden Dos* ilustra sin duda sobre las pretensiones del autor, pero resulta sorprendente que se presente el relato como un arsenal de pruebas científicas, y además sustanciales.

teoría de la conducta. Para no adelantar aspectos que serán discutidos posteriormente, me limito ahora a señalar las *tres áreas fundamentales* a que se extendió en esta fase decisiva el análisis experimental del comportamiento.

a) *Conducta verbal*

La *conducta verbal* y la *creación literaria* han sido temas acariciados por Skinner desde los comienzos de su carrera universitaria. Es posible que su inicial vocación por la literatura le inclinara a prestar atención a este sector privilegiado de la actividad humana. Dejando de lado sus primeras publicaciones, la obra más importante es *Verbal Behavior* (1957). Hemos visto ya que *La conducta de los organismos* termina insinuando que el único campo en que el comportamiento humano ofrece diferencias importantes en relación al animal tal vez sea el de la conducta verbal. Skinner se percató pronto de que la clave para deslindar y desligar la transmisión de los comportamientos del modelo evolucionista residía en la interpretación del lenguaje. Como veremos, para el condicionamiento operante el salto de la conducta individual a la social, y por consiguiente la trasmisión de los hábitos y repertorios conductales que nos permiten acercarnos al mundo cultural humano, han de buscarse en los comportamientos verbales. Su estudio le permite minimizar al extremo la incidencia de las transmisiones instintivas y hereditarias y transferir a la cultura la selección de gran parte (en todo caso, de los aspectos verdaderamente relevantes) de la conducta humana en cuanto específicamente humana (frente a la etología en sus distintas versiones).

Skinner presenta *Verbal Behavior* como un programa o, como señalará años más tarde (respondiendo a las críticas formuladas a propósito de *Más allá de la libertad y la dignidad*), como «un ejercicio de interpretación»¹⁷, como una extensión al campo de la conducta verbal del análisis experimental del comportamiento. Al situarse en el mismo plano que en el estudio de la conducta, pasa por alto los aspectos formales de la lengua y se centra en el análisis funcional de los actos de palabra o comportamientos verbales. «Corresponde al análisis del comportamiento verbal la tarea de

¹⁷ *Answers for My Critics*, en H. Wheeler (Ed.), *Beyond the Punitive Society* (Wildwood House, Londres 1973) 261.

explicitar todas las variables que determinan en el individuo un acto de palabra particular», dice Richelle. ¿Se ocupa, pues, de las «relaciones entre el sujeto hablante y el interlocutor»¹⁸? Esta forma de presentar las perspectivas de Skinner se presta a confusión. «Sujeto hablante» en el conductismo skinneriano no deja de ser pura metáfora y tal vez la última propuesta de *Verbal Behavior* sea precisamente el desvanecimiento de toda identidad hablante: «el locutor ... es un *locus*, un espacio en el que un número de variables confluyen...» (313). Volveremos sobre este punto decisivo más adelante¹⁹.

b) Tecnología educativa

La atención directa al mundo de la educación aparece tardíamente en la obra de Skinner²⁰. Es verdad que existieron motivos circunstanciales que precipitaron su interés por las máquinas de enseñar y el diseño de programas de instrucción²¹. Pero la tecnología de

18 *Ob. cit.* en nota 3, 87.

19 Recibido en general con escepticismo por los lingüistas, *Verbal Behavior* fue sometido por Chomsky a una crítica despiadada ('Crítica de *Verbal Behavior*, de B. F. Skinner' (1959), versión castellana en *¿Chomsky o Skinner? La génesis del lenguaje* (Fontanella, Barcelona 1977) 21-85). Certera en muchos aspectos, incurre también en graves malentendidos en relación a la posición de Skinner. El prestigio de Chomsky en esos momentos fue probablemente responsable de que su interpretación haya circulado como auténtica, sin que en muchos casos se juzgara necesario acudir a la fuente para comprobarla. Esto es seguramente cierto, como por su parte repiten una y otra vez los defensores de Skinner. Véanse los trabajos de Bayés, MacCorquodale, Premack y Richelle reunidos en la obra recién citada. Cf. También el resumen de críticas que ofrecen A. Dorna y H. Méndez, *Ideología y conductismo* (Fontanella, Barcelona 1979) 37-52. Un ejemplo de dependencia de Chomsky (sin haber leído a Skinner) en F. J. Sádaba Garay, 'Lingüística y sociedad', en *Cuadernos hispanoamericanos*, n. 328 (octubre 1977) 39-55. El mismo Skinner sostiene que Chomsky no le ha entendido: «Leí media decena de páginas, vi que no había entendido el libro y no seguí adelante» ('Conferencia que se ocupa de «tener» un poema' (1971), en *Registro acumulativo*, 387). Pero no todos los críticos de Skinner olvidaron estudiar atentamente *Verbal Behavior*. Cf., por ejemplo, J. P. Bronckart, *Teorías del lenguaje* (Herder, Barcelona 1980) 23-39.

20 Los escritos más importantes de Skinner sobre educación se hallan reunidos en *Tecnología de la enseñanza* y en *Registro acumulativo*, 187-263. La aproximación más temprana y más seria a la tecnología educativa de Skinner en España fue la de J. Fernández de Castro, *La enseñanza programada. Línea Skinner* (CSIC, Madrid 1973), que además dirigió durante algunos años una experiencia sistemática de enseñanza programada en la Universidad Laboral de Gijón.

21 El propio Skinner cuenta su visita al colegio de su hija Deborah, que tenía problemas con las matemáticas. «El 11 de noviembre (1953) estaba yo sentado, en calidad de padre visitante, en la parte de atrás de una clase de aritmética. De

la conducta tenía que acabar ocupándose de la educación como de los demás episodios conductuales. Las aulas no constituyen propiamente un «sistema cerrado» y el control de las variables ambientales presenta aquí especiales dificultades, pero guardan cierto paralelismo con las situaciones de laboratorio. Y, dado que la enseñanza tiene por función modificar el comportamiento de los individuos para que adquieran un repertorio de recursos y hábitos instrumentales, cabe intentar un control y una configuración intencionales del proceso de formación de tales conductas.

Además, la educación tradicional es uno de los reductos ideológicos más resistentes al cambio, cuya necesidad resulta para Skinner evidente; incluso las modas pedagógicas repiten con frecuencia de manera mimética los mismos errores del modelo que intentan sustituir. A Skinner, como no podía ser de otra manera, le irrita especialmente lo que llama la «filosofía de la libertad», que en educación se ha traducido en una serie de postulados sumamente discutibles²².

La idea de que en la escuela hay que enseñar como se aprende en la vida olvida muchas cosas. En especial el hecho mismo de que, si existe la escuela, es precisamente en cuanto ambiente distinto de la «vida»: el mundo que puede entrar en el aula es un mundo restringido, selectivo por definición y por principio. Dejar a alguien expuesto al ambiente —a la vida— no es enseñar; es esperar a que el ambiente actúe sobre él. Las consecuencias que aleatoriamente se puedan derivar de tal exposición pueden ser buenas, desde luego. Pero también pueden ser inútiles o nocivas, y en todo caso se producirán siempre con pérdidas importantes e impredecibles.

pronto, toda la situación me pareció absurda. Allí había 20 organismos de gran valor. Aunque sin culpa por su parte, la profesora estaba conculcando todo lo que sabíamos acerca de los procesos de aprendizaje. Comencé a analizar los programas de refuerzo que podían ser útiles para enseñar materias escolares y diseñé una serie de máquinas» (*A Sketch for an Autobiography*, 21). La anécdota fue divulgada inicialmente por F. S. Keller, en la Conferencia Internacional de Enseñanza Programada, de Berlín (1963). Cf. 'Reinforcement Theory and Programmed Education', en A. Biancheri (Ed.), *Programmierter Unterricht und Lehrmaschinen* (Berlín 1964) 288-9.

22 «Nos hemos mostrado demasiado bien dispuestos a aceptar que el estudiante es un ser libre, que quiere aprender, que sus gustos y actitudes deberían determinar qué es lo que debe aprender, y que mejor sería que descubriese por sí mismo las cosas por su cuenta que enterarse de lo descubierto por otros. Tales principios están todos equivocados y tienen la culpa de muchos de los problemas que actualmente nos afectan» (*Registro acumulativo*, 262-3).

A la hora de definir el campo educativo, hay un dato de la evolución de la especie humana que es preciso tomar en consideración. El hombre ha estado expuesto al mundo real durante muchos milenios, y ha ido aprendiendo muy lentamente a emanciparse de su tiranía. Al crear su propio ambiente físico, cultural y social, ha hecho posible que su vida se libere progresivamente del azar. Si existe la educación, es porque el individuo no tiene que repetir el itinerario de la especie. No es cuestión, pues, de esperar a que los cambios se produzcan por sí mismos relegando la educación a mera comparsa de la selección natural. Hay que hacer innecesario el azar, provocando y controlando los cambios oportunos; modificando y modelando consciente y explícitamente el comportamiento de los individuos ²³.

Como puede apreciarse, en esta perspectiva la enseñanza programada (a la que con frecuencia se pretende reducir la aportación de Skinner) representa tan sólo un momento en sus especulaciones sobre la educación. De hecho hay que hablar más bien de tecnología educativa, en cuanto que sus objetivos se refieren al diseño, evaluación y manipulación de *todas las condiciones* ambientales de las que depende el aprendizaje. Así entendida, constituye uno de los capítulos de un proyecto general: la extensión de las técnicas de modificación de la conducta ²⁴ a todos los ambientes. Se trata, en definitiva, del diseño de culturas y de las implicaciones últimas de la ciencia de la conducta en los problemas humanos.

c) El diseño de culturas

Queda, finalmente, una referencia al aspecto de la obra de Skinner más conocido fuera del mundo psicológico: *el control y la planificación de la conducta social*. Después del recorrido que hemos realizado hasta aquí, la extrapolación del análisis experimental de la conducta al campo humano, social y cultural no puede sorprender, sobre todo si tenemos en cuenta que *Walden Dos* se había anticipado en bastantes años al desarrollo posterior de su investigación científica.

Ciencia y conducta humana incluía ya dos secciones consagradas al control de la conducta y a las instancias sociales que habitual-

23 Cf. *Tecnología de la enseñanza*, 162-3.

24 El alcance actual de esta expresión rebasa ampliamente la obra de Skinner. Cf., entre otros muchos, una orientación histórica en A. E. Kazdin, *Historia de la modificación de conducta* (DDB, Bilbao 1983) 81 ss.

mente lo ejercen o justifican (pp. 311-412). A partir de esta obra, el tema reaparece en Skinner con una frecuencia obsesiva²⁵, aunque en mi opinión nada o casi nada nuevo se añade a esta primera exposición. En 1971, se publicó *Más allá de la libertad y la dignidad*. La sociología del conocimiento podrá explicar por qué este libro, que es literalmente un refrito reiterativo y monocorde de sus publicaciones anteriores, se ha convertido en una de las obras de referencia de Skinner, la más popular sin duda de su última época.

Skinner va en este libro mucho más allá de la ciencia de la conducta, como él mismo reconoce: «*Más allá de la libertad y la dignidad* no utiliza el análisis científico de la conducta con fines predictivos o de control. La ciencia está más detrás del libro que en el libro mismo. Se utiliza únicamente con fines de interpretación». Aunque Skinner no habría aceptado nunca esta equivalencia, «interpretar» puede entenderse aquí correctamente por «extrapolar». Véase, si no, el tenor con que el texto prosigue unas líneas después: «Mi *Verbal Behavior* fue un ejercicio de interpretación. En él señalé las semejanzas entre las contingencias de refuerzo que producen la conducta verbal y las contingencias analizadas con mucha mayor precisión en el laboratorio... *Más allá de la libertad y la dignidad* es también un ejercicio de interpretación. Como tal no es ciencia, pero tampoco es metafísica»²⁶. Queda para más adelante la discusión del trasfondo implicado en estas afirmaciones, que aquí aparecen sin la intransigencia y el dogmatismo que caracterizan *Más allá de la libertad y la dignidad*, lo que tal vez pueda explicar la *boutade* de Chomsky al acusar a Skinner de confundir «ciencia con terminología»²⁷.

Creo que este libro se comprende mejor si se considera como un intento de defender directamente una ideología, ligada desde luego al prestigio de la ciencia de la conducta²⁸. La obsesión por arruinar la creencia en la libertad autónoma del hombre se encuentra así justificada. Puede parecer pueril este propósito, pero para Skinner resulta claro que la tecnología de la conducta está en condiciones de contribuir a resolver muchos de los problemas que ponen en peligro

25 Véanse los trabajos recogidos en *Registro acumulativo* (1-73) y en *Contingencies of Reinforcement* (1-71).

26 *Answers for My Critics*, cit. en n. 17, 260-1 (subrayado por mí).

27 N. Chomsky, *Proceso contra Skinner* (Anagrama, Barcelona 1974) 53.

28 Cf. G. Canguilhem, *Idéologie et rationalité dans l'histoire des sciences de la vie* (Vrin, Paris 1978).

la convivencia social. Sólo hace falta «reemplazar opiniones y actitudes tradicionales precientíficas» (p. 37), ejemplarmente ilustradas en la literatura sobre la libertad y la dignidad humanas. «Desgraciadamente, siguen muy profundamente arraigadas» (ibid.)²⁹. Nada sorprendente, pues, como señaló Pribam en relación a esta obra, que Skinner esté «contra la libertad, contra la dignidad, contra los sentimientos, contra los valores. Está contra todo lo que sepa a mente, porque la mente es escurridiza y espectral, y se interpone en el camino hacia un conocimiento preciso del control de la conducta»³⁰.

Más allá de la libertad y la dignidad es un libro militante y panfletario, en sentido puramente taxonómico y descriptivo de estos términos. Lo que en él hay de ciencia, dada su orientación proselitista, es más bien recurso retórico que oferta razonada. Sólo que «el espectáculo de un convencido determinista *apremiando* a sus lectores a que intenten salvar la raza humana tiene algo de cómico»³¹.

II.—LA CIENCIA DE LA CONDUCTA

Me interesaba el comportamiento humano, pero había estado investigando en una dirección equivocada. Alf Evers me había dicho: «la ciencia es el arte del siglo veinte», y le creía. La literatura, como forma artística, había muerto; me dedicaría a la ciencia (Autobiografía I, 394).

²⁹ Skinner, y tras él sus epígonos, atribuyen la resistencia a aceptar la visión científica de la conducta humana (que supone no sólo el control de hecho de todo comportamiento sino la imposibilidad de que algún comportamiento pueda ser libre) al sentimiento (es un decir) de humillación por la pérdida de dignidad y la degradación de la condición humana, que se ve situada en la misma línea que cualquier organismo vivo. Skinner cita con frecuencia el caso de Darwin y sus seguidores, el de Freud. Como es sabido, éste incluía además a Galileo entre los destronadores del rey del universo. Pero los conductistas no han sido en general buenos lectores de Freud, y olvidan que, al compararse con Galileo y con Darwin, Freud no pretendía tanto humillar el narcisismo de la humanidad entera cuanto alimentar el suyo propio, y asegurarse de paso un puesto de honor entre los privilegiados de la historia.

³⁰ K. H. Pribam, *Operant Behaviorism: Fad, Factory and Fantasy*, en la obra citada en n. 17, 108.

³¹ Max Black, *Some Aversive Responses to a Would-be Reinforcer*, cit. en n. 17, 124. Y concluye sobre *Más allá de la libertad y la dignidad*: «All this mélange of amateurish metaphysics, self-advertising 'technology', and illiberal social policy» (134).

Una exposición detallada del sistema psicológico de Skinner exigiría un espacio del que aquí no disponemos. Pero tampoco es imprescindible, dado que se trata de un aspecto de su obra ampliamente vulgarizado y, en cualquier caso, de fácil acceso para quien esté interesado en una descripción pormenorizada³².

Mi intención es más general. La lectura que sigue es conscientemente selectiva y aspira más a *situarse en el interior de la posición* de Skinner que a describirla en sus detalles. Para nuestro propósito podemos reducir esta presentación a *tres cuestiones* fundamentales: la delimitación del campo de la conducta, los principios que regulan su selección y los mecanismos responsables de su transmisión social. La orientación descriptiva de la primera parte se va a convertir en ésta en una *confrontación decididamente crítica*, que tratará de revisar algunas de las insuficiencias y lagunas más visibles de su teoría psicológica.

1. UN CONCEPTO UNITARIO DE LA CONDUCTA

Ya Watson decía que el conductista se interesa por la conducta del hombre en su totalidad (*the whole man*): qué hace el hombre y por qué lo hace³³. Es este uno de los puntos fuertes del conductismo en general, y también del de Skinner: «La conducta debe abarcar la actividad total del organismo: el funcionamiento de todas sus partes», escribía ya en *La conducta de los organismos* (499).

Se esté o no de acuerdo con él, el conductismo representa una de las pocas psicologías que han sabido situarse en una perspectiva comprensiva del comportamiento, y han exigido para su interpretación un contexto propio definido psicológicamente. Su

32 El lector puede recurrir a una multitud de manuales o a historias de la psicología, en las que nunca falta una exposición más o menos completa. Por ejemplo, R. Bayés y J. L. Pinillos (Coords.), *Aprendizaje y condicionamiento* (Alhambra, Madrid 1989); R. A. Boakes y M. S. Halliday, *El análisis skinneriano de la conducta*, en S. Toulmin y otros: *La explicación en las ciencias de la conducta* (Alianza, Madrid 1974) 211-62; A. Caparrós, *Introducción histórica a la psicología contemporánea* (Ediciones Rol, Barcelona 1979) 129-38; J. B. Fuentes Ortega y E. Lafuente Niño, *Los neoconductismos*, en J. Arnau y H. Carpintero (Coords.), *Historia, teoría y método* (Alhambra, Madrid 1989) 261-78; E. R. Hilgard y G. H. Bower, *Teorías del aprendizaje* (Trillas, México 1975); T. Leahey, *Historia de la psicología* (Debate, Madrid 1982); J. L. Pinillos, *Principios de psicología* (Alianza, Madrid 1975) 280-304; H. Rachlin, *Introducción al conductismo moderno* (Debate, Madrid 1977).

33 *Behaviorism* (People's Inst. Publ. Co., Nueva York 1924) 15.

violenta oposición a considerar la conducta segmentada en procesos aislados, de la naturaleza que sean (motivacionales, perceptivos, sensoriales...), es una reacción saludable frente a la parcelación de la actividad humana y la escasa o nula relevancia psicológica de muchas aproximaciones (incluyendo entre ellas un sector cuantitativamente importante de la actual psicología cognitiva).

El problema en el conductismo y en concreto en la psicología de Skinner arranca más bien del estrecho marco desde el que se pretende dar cuenta de esa conducta globalmente considerada. Y de la escasa perspicacia, tal vez relacionada con el provincialismo en que se ha mantenido hasta fecha muy reciente³⁴, para percatarse de la equivalencia al menos funcional de algunos elementos centrales de la explicación conductista (sobre todo del tema clave del refuerzo) con dimensiones cognitivas o motivacionales analizadas por otras orientaciones.

a) Ambito de la conducta

Ahora bien, ¿qué es exactamente una conducta? ¿De qué hablamos cuando nos referimos al comportamiento global de un organismo? O, de una manera más precisa, ¿cuál es el ámbito de la conducta delimitado por el conductismo?

Aunque no toda conducta se reduce a la categoría de operante, el interés del análisis experimental del comportamiento se centra de manera prácticamente exclusiva en ella, ya que «origina la mayoría de los problemas prácticos de los asuntos humanos y ofrece también un interés teórico concreto por sus características especiales» (*Ciencia y conducta humana*, 81).

Entre estas características especiales, sobre las que después volveremos, se encuentran, por una parte, el que tal tipo de comportamientos es espontáneo y modifica el ambiente en relación al individuo que actúa o se conduce: «Estamos interesados en la conducta de un organismo, debido a los efectos que produce en el ambiente»³⁵. Y,

34 Basta hojear las referencias bibliográficas de la literatura conductista, comenzando por el propio Skinner, para comprobar el aislamiento creciente en que se ha mantenido. Un espléndido aislamiento cuando su posición era hegemónica, pero que de hecho se ha convertido en los momentos de crisis en una incapacidad para dialogar con otras perspectivas en términos comprensibles.

35 *Conducta operante*, en W. K. Honig (Ed.), *Conducta operante* (Trillas, México 1975) 25. Colaboración reproducida con algunas adiciones en *Contingencies of Reinforcement*, 105-32.

por otra, tienen una extensión equivalente a la que en otras perspectivas se atribuye a su condición propositiva o intencional: «La conducta es importante sobre todo por sus consecuencias. Tal vez aceptemos más fácilmente este hecho si recordamos la ubicuidad del concepto de propósito. El estudio experimental de las contingencias reforzadoras no es ni más ni menos que un análisis no teleológico de los *efectos directos* de la conducta, de unas relaciones que tradicionalmente se han venido describiendo como propósitos o intenciones»³⁶. Precisamente, el término operante, que define una clase y no una respuesta concreta, se introdujo para diferenciar este tipo de comportamientos, que operan directamente sobre el ambiente, de los reflejos condicionados, cuya función adaptativa tiene carácter de «señal» que alerta al organismo para recibir el impacto ambiental y, hablando con propiedad, no son nunca espontáneos.

El objeto de estudio de la ciencia de la conducta queda, pues, delimitado por aquel tipo de actividades a las que no es posible asignar una causa antecedente (un estímulo) directa, sino que surgen de la acción espontánea del individuo en su interacción con el ambiente. Las conductas de esta naturaleza caen bajo el control de otros estímulos, pero la relación no es la de una provocación automática. Como en la psicología genética de Piaget, aunque el horizonte se distancie en su interpretación hasta colocarse en las antípodas, también aquí la clave para situar las posibilidades de un análisis científico del comportamiento reside en la capacidad de acción que los organismos poseen como cualidad básica del ser vivo³⁷.

Si se sigue hablando de «respuesta» para referirse a este tipo de conducta, es sólo por respeto a una expresión consagrada en psicología. Pero conviene ser conscientes de su carácter equívoco al sugerir espontáneamente la idea de que se trata de un comportamiento reactivo y provocado por un estímulo que lo precede. «Operante» pone precisamente «de relieve el hecho de que la conducta opera sobre el medio ambiente para generar consecuencias» (*Ciencia y conducta humana*, 86). Esta es una de las razones por las que para

36 'El diseño de culturas', en *Registro acumulativo*, 45.

37 Cf. J. Piaget, *El comportamiento, motor de la evolución* (Nueva Visión, Buenos Aires 1977). «Por comportamiento entendemos el conjunto de acciones que los organismos ejercen sobre el medio exterior para modificar algunos de sus estados o para alterar su propia situación en relación a él» (7). El carácter teleonómico de la acción, esencial para Piaget e imposible para Skinner, diferencia radicalmente ambas posturas.

Skinner tiene tanta importancia diferenciar su posición de la del conductismo clásico, y de sus protestas al verse incluido una y otra vez entre las psicologías del Estímulo-Respuesta.

b) Contingencias de refuerzo

Ahora bien, si la conducta operante no viene provocada por un estímulo, ¿de qué modo puede explicarse? Como es sabido, Skinner entronca en este punto con Thorndike y su versión de la ley del efecto, que somete a una profunda metamorfosis.

«Una formulación adecuada de la interacción entre un organismo y su medio debe especificar siempre tres cosas: 1) la ocasión de que una respuesta ocurra, 2) la respuesta misma, y 3) las consecuencias reforzantes. Las interrelaciones entre ellas constituyen las contingencias de refuerzo'» (*Contingencies of Reinforcement*, 7).

La conducta se produce ante la presencia de un estímulo discriminativo (la ocasión para que ocurra), que de hecho controla su aparición; y tiene unas consecuencias que, en su cualidad de refuerzo, aumentan la probabilidad de que en el futuro *esa clase* de conducta tienda a repetirse ante situaciones similares. Ni el estímulo discriminativo, ni el refuerzo —al menos en términos generales— guardan una relación de pertenencia intrínseca con la conducta en cuestión.

Es este un punto crítico y esencial de la teoría del condicionamiento operante. Ya en su primera exposición había dicho Skinner, como se recordará: «Existen dos casos fundamentales (de reflejos): en uno el estímulo reforzante correlaciona temporalmente con una respuesta y en el otro con un estímulo. *En lugar de 'correlaciona con' podríamos escribir es 'contingente a'*»³⁸. Para la posición de Skinner sólo tiene interés la relación temporal entre la conducta de un organismo y su efecto sobre el medio. Tal efecto no es provocado por el refuerzo: simplemente se dice que «sigue a», o «es contingente a».

«Decir que un refuerzo es contingente a una respuesta significa tan sólo que sigue a la respuesta. Puede seguirla por alguna conexión mecánica o por la mediación de otro organismo. Pero el condicionamiento tiene lugar presumiblemente sólo por la relación temporal, expresada en términos de orden y proximidad de respuesta y re-

38 Citado en nota 8 (subrayado por mí).

fuerzo»³⁹. Esta noción de contingencia es suficientemente ambigua para permitir mantenerse permanentemente en un equívoco. Probablemente los estudios sobre la llamada conducta «supersticiosa» de las palomas llevaron a Skinner a acentuar la idea de que la contingencia no exige más que una dependencia temporal⁴⁰.

Una vez más, la dirección seguida por Skinner se vincula a las posiciones alcanzadas por Thorndike y no a las de Watson o el conductismo clásico. A Thorndike se debe en psicología la reducción del aprendizaje humano a parámetros similares al del aprendizaje animal. Con algunas vacilaciones, y sin llegar nunca a una formulación rigurosa, Thorndike acaba suponiendo que las diferencias entre los procesos de aprendizaje de animales de distintas especies, incluyendo la humana, son cuantitativas, no cualitativas: el chimpancé es capaz de efectuar un número mayor de asociaciones que otros organismos inferiores. El hombre, por su parte, aventaja a todos en el mismo orden. La ampliación del campo de la conducta que supone su capacidad de integrar cognitivamente situaciones cada vez más complejas le permite establecer más conexiones que las que realiza el gato, por ejemplo, pero siempre de la misma naturaleza.

En algún momento Thorndike postuló la condición de «pertenencia» (*belongingness*) como requisito para el aprendizaje. El que algo deba ser percibido como «perteneciente a» la respuesta

39 'La superstición en la paloma', en *Registro acumulativo* 585.

40 Cf. artículo citado en la nota anterior (*Registro acumulativo*, 585-90). Además, 'Un segundo tipo de «superstición» en la paloma», *Ibid.*, 591-4 y R. J. Herrnstein, *Superstición: un corolario de los principios del condicionamiento operante*, en W. K. Honig (cit. en nota 34) 50-71. Las palomas, que habían sido sometidas a un programa experimental de entrenamiento, mostraban una fijación de las reacciones que ocasionalmente estaban practicando en el momento de aplicarles el refuerzo, sin que tales comportamientos tuvieran otra relación con él que la mera y aleatoria coincidencia temporal. Cf. *Tecnología de la enseñanza*, p. 97: «Nadie pretende sostener que porque algo sea verdadero de una paloma haya de serlo también de un hombre. Hay enormes diferencias en las topografías de los comportamientos del hombre y de la paloma y en las clases de sucesos ambientales que tienen relevancia para tales comportamientos..., pero los procesos básicos del comportamiento, por ejemplo en el tejido nervioso, muestran interesantes y útiles semejanzas... Los experimentos con palomas puede que no den mucha luz sobre la «naturaleza» del hombre, pero resultan extraordinariamente provechosos, por cuanto nos permiten analizar el medio ambiente en que se desenvuelve el hombre. Lo que la paloma y el ser humano tienen en común es un mundo en el que prevalecen ciertas contingencias de refuerzo. El esquema del refuerzo que convierte a una paloma en un jugador patológico puede verse en cualquier estadio o pista de carreras y alrededor de cualquier mesa de ruleta, donde produce efectos parecidos».

para establecer una conexión entre ella y un estímulo determinado, puede sugerir la necesidad de una relación intrínseca entre ambos: pero la condición de pertenencia no fue mantenida, y *a fortiori* la elaboración cognitiva de la situación dejó de ser considerada como un elemento diferenciador del aprendizaje humano ⁴¹. Y, en el caso de Skinner, los estudios citados sobre la superstición de las palomas contribuyeron, *si es que realmente hacía falta*, a reducir la relación y la fijación de la conducta a términos de orden y proximidad sólo temporal.

c) Límites del análisis funcional

Porque para Skinner se trata de poner orden en la conducta de manera efectiva, y para ello no es preciso hacer intervenir ningún elemento explicativo más: «Jamás me enfrenté con un problema que fuera más allá del problema eterno de encontrar el orden. Jamás abordé un problema a través de la elaboración de una hipótesis» ⁴². Para dar cuenta de los mecanismos que son responsables de la aparición y conservación de una conducta, la medida del caudal de respuestas y el análisis de la situación que controla su aparición convierten en innecesario cualquier otro principio. La estructura de la conducta (su topografía, como dice Skinner) queda en un segundo plano, de hecho considerado irrelevante.

Estamos ante un análisis puramente funcional del comportamiento: «Las variables externas de las cuales la conducta es función proporcionan lo que podemos llamar un análisis causal o funcional. Nos proponemos predecir y controlar la conducta del organismo individual. Esta es nuestra «variable dependiente», el efecto del que vamos a averiguar la causa. Las «variables independientes» —las causas de la conducta— son las condiciones externas de las que la conducta es función. Las relaciones entre ambas —las relaciones «causa-efecto» en la conducta— son leyes científicas. Una síntesis de esas leyes, expresada en términos cuantitativos, proporciona un cuadro completo del organismo como un sistema de conducta» (*Ciencia y conducta humana*, 60). Un «cuadro completo» del organismo, incluso humano, como sistema de conducta excluye, en resu-

⁴¹ E. Thorndike, *Selected Writings from a Connectionist's Psychology* (Appleton-Century-Crofts, Nueva York 1949) 349-363.

⁴² 'Un caso dentro del método científico', en *Registro acumulativo*, 124.

men, toda posibilidad de elaboración cognoscitiva de la situación por parte de quien se conduce. La conducta no es función de sus antecedentes, sino que resulta de sus consecuencias.

Ahora bien, lo que todavía no existe —el refuerzo que sobrevendrá a la conducta—, ni es anticipable por el organismo, tampoco puede ejercer efectos causales directos sobre la respuesta. Las consecuencias no refuerzan, pues, una respuesta concreta, sino la *clase* de conducta a la que la respuesta pertenece. Lo que se expresa en leyes cuantitativas no es la conducta de ningún organismo y los movimientos concretos de la misma, sino las relaciones entre «clases», entre estímulos y respuestas distales, a cuya clase pertenece un determinado operante. Forzado por la necesidad de excluir tanto la idea de conciencia como la de finalidad en todos sus grados, en Skinner las contingencias de refuerzo se reducen, en cuanto eventos conductuales, a sus dimensiones físicas incapaces de obrar anticipadamente sobre el organismo, y el mismo comportamiento concreto, sin raíces y sin proyección posible, se escapa en realidad a todo análisis.

Semejante idea de conducta deja de ser conducta de alguien para convertirse en un bien mostrenco y, simultáneamente, al prescindir del sujeto y de la situación por él elaborada, queda pradóxicamente sin puntos de conexión real y efectiva con su propio ambiente. Al final la conducta, toda conducta y por tanto también la conducta humana, se resuelve en una mera inflexión de una corriente causal anónima. Nada ni nadie «camina fuera de la corriente causal». Esta es sin duda la posición de Skinner. Pero esto sólo tendría que ser así «si la representación mental del fin, que es un hecho anterior a la puesta en práctica del operante, aunque se refiere a las consecuencias futuras de éste, careciese de toda posible efectividad causal»⁴³.

En psicología resulta hoy evidente lo contrario. La situación de conducta es una situación significativa, construida por el sujeto como una parte del proceso conductual mismo. El valor de los estímulos que la afectan no depende sólo de su condición de «contingencia». Depende también de la información que suministran al organismo, y es justamente este carácter de retroacción informativa lo que rompe la circularidad de la definición de refuerzo. Depende, además, del

43 J. L. Pinillos, *Las funciones de la conciencia* (Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid 1983) 96.

lazo real establecido entre acción y consecuencias de la acción. El refuerzo no es sólo ni siempre una recompensa añadida fortuitamente: es también resultado de la propia conducta y antes que resultado es meta y propósito convertidos, en virtud de la elaboración cognitiva de la situación, en dimensiones motivacionales —causales— de la actividad propositiva del sujeto.

El que el análisis experimental del comportamiento se muestre incapaz de integrar estas dimensiones sustantivas de la acción humana no indica más que sus propios límites (lo cual, a fin de cuentas, no es nada grave). Pero el que además los excluya incluso como mera posibilidad nos sitúa ya en la inflexión dogmática que lo caracteriza como ideología y no como ciencia. Veremos otra muestra de esta misma actitud en lo que sigue.

2. LA SELECCION DEL COMPORTAMIENTO

a) La analogía con la selección natural

«Skinner, con razón o sin ella, considera que las leyes que rigen la conducta operante desempeñan en la selección y organización de las conductas del organismo una función equivalente a la de la selección natural en la evolución de las especies»⁴⁴.

No parece que un asunto de esta envergadura se pueda despachar con un expeditivo «con razón o sin ella». La equivalencia selección natural-selección operante es uno de los supuestos teóricos más importantes de la construcción conductista, y sin él se pierde una de las claves del pensamiento de Skinner. El recurso a esta analogía es, como veremos, permanente. Además, si bien inicialmente se aplica a la selección de comportamientos individuales y se adopta por su valor heurístico, pronto se extiende al ámbito de la cultura y acaba en realidad funcionando con categoría de principio. Por ello conviene tratar de comprender con alguna exactitud en qué términos precisos se utiliza.

Skinner se presenta como un darwinista consecuente. A decir verdad sólo en este extremo, ya que su sistema psicológico carece propiamente de la idea de una conducta jerarquizada, integrada en niveles de desarrollo diferentes o simplemente evolutiva. Pero, en

⁴⁴ M. Richelle, 'Análisis formal y análisis funcional del comportamiento verbal', en *¿Chomsky o Skinner? La génesis del lenguaje*, cit. en nota 19, 143.

relación con el problema del origen y selección del comportamiento, sostiene que en el individuo ocurre lo que con las especies: es el medio quien controla y selecciona. El proceso de condicionamiento operante «complementa la selección natural. Las consecuencias importantes del comportamiento que no pudieron desempeñar un papel en la evolución por no ser rasgos del ambiente suficientemente estables, se hacen efectivas a través del condicionamiento operante durante la vida del individuo» (*Sobre el conductismo*, 51). Se trata en ambos casos de situaciones de complejidad muy diversa, pero el principio fundamental (la selección de las conductas por la intervención del ambiente a escala tanto filogenética como ontogenética) es de validez general en los dos.

Sigue siendo cierto, como ya he repetido varias veces, que Skinner no debe ser considerado un psicólogo S-R, si nos referimos a lo que históricamente ha representado esta orientación en psicología. Pero el hecho de que se centre en aquel tipo de conducta al que no resulta posible —o viable— asignar un estímulo antecedente que la cause, no significa que tal comportamiento no acabe siendo por definición un producto del ambiente mismo. De hecho la respuesta conductual global, la conducta operante, está siempre bajo el control de un estímulo situacional (discriminativo) y del refuerzo aplicado. Lo que ahora se introduce es una explicación por analogía, que reduce a un principio simple la complejidad de los comportamientos adaptativos del individuo.

b) Irreductibilidad de la conducta operante

Pero analogía no es identidad, y la economía que aquélla representa a la hora de explicar el origen de las conductas obliga a Skinner a introducir una diferenciación neta entre ambos procesos en su desarrollo posterior. De otro modo quedaría comprometido el carácter específico de la conducta operante:

«Pondremos esta reinterpretación del propósito en inmediato uso, por su relación con la confusión entre desarrollo filogenético y ontogenético de la conducta, que ha venido oscureciendo nuestras ideas sobre el origen y desarrollo de las culturas. Las contingencias de refuerzo son similares a lo que podríamos llamar contingencias de supervivencia. Han resultado seleccionadas ciertas pautas heredadas de conducta debido a sus contribucio-

nes a la supervivencia según sistemas que no se diferencian de aquéllos en virtud de los cuales el comportamiento de un individuo se selecciona o modela por causa de unas consecuencias reforzantes. Ambos procesos constituyen un ejemplo de adaptación o acomodación, aunque se encuentren involucrados *mecanismos muy diferentes*».

«El organismo no se limita a refinar o ampliar la dotación genética conductual para hacerla más efectiva o darle más contenido. En vez de ello, desarrolla una conducta colateral, que habrá que distinguir de un sistema de reacción heredado pese a que ambos realicen funciones similares»⁴⁵.

Esta perspectiva es muy importante a la hora de valorar el comportamiento humano y en él, sobre todo, la vertiente social. La conducta aprendida no resulta de la no aprendida y, a pesar de analogías intrigantes, no es probable que las instituciones humanas se funden o hayan surgido de las pautas instintivas de las sociedades animales. Son conquistas de los individuos, repite con frecuencia Skinner. Hay aquí una oposición a toda la etología y a los intentos más recientes de la sociobiología por reducir los hábitos sociales humanos a un proceso de naturaleza a fin de cuentas biológico⁴⁶.

Curiosamente, Skinner aplica al hombre las leyes que considera generales a todos los organismos, pero en este punto rechaza cualquier paralelismo o dependencia genética. ¿Cuál puede ser la razón? Tal vez porque percibe una realidad «humana» específica, dada la diversidad (topográfica) de las formas de conducta. Acaso también para no caer en su propia trampa y verse obligado a admitir, por otro camino, lo que de entrada ha negado radicalmente: la determinación *interna* del comportamiento y la necesidad de incluir en su explicación la existencia de mecanismos y procesos reguladores de carácter neurofisiológico. Su posición frente a la etología y la sociobiología estaba ya clara en 1961: «Las actividades coordinadas del hormiguero o de la colmena se rigen por principios muy diferentes de los que gobiernan una familia, una comunidad, una gran ciudad. Los dos tipos de conducta social

45 'El diseño de culturas', en *Registro acumulativo*, 47 y 48.

46 Cf. E. O. Wilson, *Sociobiología. La nueva síntesis* (Omega, Barcelona 1980) esp. 564-93 y *Sobre la naturaleza humana* (FCE, México 1983). Una crítica severa en J. Ruffié, *Traité du vivant* (Fayard, París 1982) 621-72.

*debieron desarrollarse en virtud de diferentes procesos y se mantienen en vigor por diferentes razones»*⁴⁷.

Es muy propio de Skinner aventurar las afirmaciones de mayor alcance teórico como verdades incuestionables, que no tienen necesidad de ulterior aclaración. En vano se buscará en su obra una delimitación precisa de los «diferentes procesos y razones» en cuya virtud debieron desarrollarse y se mantienen ambos tipos de comportamientos (y ello independientemente de que, a este respecto, uno esté más cercano a Skinner que a Lorenz, por ejemplo). De hecho son distintos, dirá Skinner. El estudio de las formas de transmisión de la cultura, que abordaremos en el apartado siguiente, nos acercará a la raíz del tema en los términos y en la medida en que el análisis experimental de la conducta es capaz de plantearlo. Pero la rigidez de los límites no franqueables impuesta por su sistema reduce de hecho esta aproximación a ese «quiero y no puedo» que es toda la psicología de Skinner, en continuo debate entre lo biológico y lo cultural. ¿Por qué este equívoco permanente? Creo que es posible aislar en Skinner una línea argumental, poco convincente desde luego, pero coherente con el conjunto de sus posiciones.

c) Aporías de la explicación conductista

Lo característico del hombre, como hace tiempo indicaba Medawar⁴⁸ y podemos recordar en este contexto, no es ser «homo faber» (los primates construyen instrumentos), ni «ser social» (las colonias de abejas y termitas lo son), sino el hecho de que sus conocimientos se transmitan por comunicación de una generación a otra. Esta evolución es exógena (de tipo lamarckiano), puesto que no se produce por rasgos o caracteres genéticos. Y, en teoría, es reversible: cabe pensar, no sólo imaginar, que una generación no disponga de los conocimientos de generaciones anteriores.

¿Por qué una práctica cultural se ha consolidado, o una especie ha visto mejorada su situación en su propio ambiente, mientras que otras desaparecen? Respuesta de Skinner: porque han adoptado formas que han contribuido a su supervivencia. Una cultura, lo mismo que una especie, es un experimento de supervivencia. Y aquí,

47 'El diseño de culturas', 48 (subrayado por mí).

48 P. B. Medawar, 'Does ethology throw any light on human behaviour', en P. G. Babson y R. A. Hinde (Eds.), *Growing points in ethology* (Cambridge Univ. Press, Cambridge 1976) 497-506.

a pesar de la insistencia en destacar las diferencias entre un proceso y otro, de nuevo el círculo de la explicación se cierra en torno a un principio común para ambos: el principio de la supervivencia.

La categoría de la «supervivencia» se convierte en Skinner no sólo en el valor biológico supremo y definitivo, sino en criterio último de interpretación, más allá del cual cualquier pregunta resulta ociosa por carecer de sentido. Su posición, sin embargo, es sumamente ambigua, y en realidad se apoya sobre un supuesto implícito imposible de justificar.

De acuerdo con la teoría de la evolución, la asunción de la analogía de origen le permite explicar en términos causales la formación de todos los comportamientos. Y, en efecto, si se admite que la selección es el único agente modelador tanto de las especies como de los hábitos conductuales no heredados, la reducción a un principio explicativo único se presenta como bastante razonable. Pero, de hecho, la idea incluye dos aspectos que, aunque en la teoría evolucionista se solapan, se refieren a propiedades diferentes de los organismos: el valor adaptativo y la ventaja selectiva. Valoramos la eficacia selectiva de un proceso *a posteriori* y, en el caso de las especies animales, el resultado final hace coincidir ambos aspectos en una sola dirección. En realidad, los suponemos idénticos porque el criterio empleado ha sido —y es normalmente— rígidamente biologicista. Si se hiciera intervenir un criterio diferente, por ejemplo de tipo ecológico, los resultados del proceso se prestarían, ya en este nivel, a una valoración parcialmente distinta.

Ahora bien, incluso admitiendo la validez de su aplicación general (cosa que está muy lejos de ser evidente), en el ámbito de los comportamientos humanos no heredados (en el ámbito de la cultura), no hay razón alguna para suponer *a priori* que estos dos aspectos 1) no puedan de hecho disociarse y 2) se impliquen y justifiquen siempre mutuamente. Al contrario, la realidad humana está plagada de situaciones en las que identificar ambos aspectos la llevaría a posiciones aberrantes. Así una tasa limitada de canibalismo, la ejecución de un inocente, la eliminación de los disminuidos o la utilización militar de los rehenes políticos... pueden ofrecer en ocasiones «ventajas selectivas» indudables y no por ello cabe considerar tales prácticas como formas de conducta humana «adaptadas» (si es que el criterio de referencia —la realidad cultural— significa algo). Y, si esto es así, habrá que admitir que, cualquiera que sea el

resultado final de un determinado proceso conductual, su funcionalidad adaptativa no puede ser estimada ni valorada en última instancia sin apelar, *también*, a criterios que no son de naturaleza psicológica. La psicología puede plantearse muchas preguntas; para algunas, carece radicalmente de respuestas.

Esto es algo que Skinner no aceptó nunca pero que practicó desde el principio. Lo que ocurre es que en él la identificación entre los distintos aspectos de los procesos selectivos ha funcionado como un supuesto no discutible, desde el que se hace legítimo emitir toda clase de juicios de valor en torno a la actividad humana. En realidad, ha funcionado con las dimensiones de una ideología. Y una de las mayores ambigüedades que caracteriza toda su obra, ya lo vamos viendo, es que su reiterada oposición a la formulación de una teoría psicológica enmascara de hecho una fijación cosificada a supuestos de comprobada eficacia heurística, pero que la pierden tan pronto como se los extrapola e interpreta como principios rígidos e inapelables⁴⁹. A partir de ese momento, las cosas empiezan a estar todas dichas de antemano, y el discurso científico se convierte, por virtud de su repliegue dogmático, en una serie monótona de variaciones sobre un mismo tema.

Aquí reside probablemente una de las razones por las que no hay un solo elemento nuevo, verdaderamente nuevo, en gran parte de la obra de Skinner, de manera especial en sus últimas publicaciones. Y ello ayuda también a comprender por qué, a pesar de percibir con claridad la ruptura evolutiva que representa el comportamiento humano (una parte privilegiada del mismo, naturalmente), la interpretación final descansa sobre un modelo explicativo que no reco-

49 Skinner se presenta como un ateórico a lo largo de toda su obra. Cf., entre otras muchas referencias posibles, '¿Son necesarias las teorías del aprendizaje?', en *Registro acumulativo*, 77-111. Pero de nuevo su posición ha de valorarse en relación al contexto del conductismo norteamericano y no en términos absolutos. Queda, sin embargo, la cuestión de averiguar si tal renuencia responde a la constatación de una imposibilidad fáctica, dada la situación actual de la psicología, o es más bien el resultado de la reducción positivista aplicada a la ciencia de la conducta. «Cuando llegamos a un control práctico del organismo, las teorías de la conducta pierden su objetivo. Al representar y manejar variables pertinentes, deja de tener utilidad un modelo conceptual; nos enfrentamos con la conducta en sí» ('Un caso dentro del método científico', en *Registro acumulativo*, 125). Y ya en *La conducta de los organismos*: «El reflejo... no constituye una teoría. Es un hecho. Constituye una unidad de análisis que hace posible una investigación de la conducta» (24). La confusión entre *hechos* y *datos*, siempre elaborados, es fiel reflejo de la miseria epistemológica del positivismo.

noce diferencia esencial alguna entre las diversas formas de conducta. El marco, «teórico» muy a pesar suyo, en el que Skinner definió la ciencia de la conducta no da más de sí. Lo veremos de nuevo en el punto siguiente.

3. LA TRANSMISION SOCIAL DE LA CONDUCTA

Hasta ahora, hemos venido suponiendo un tipo de conducta cuyo origen y formación dependen de su contigüidad con un conjunto de contingencias. Los comportamientos de esta naturaleza pueden ser muy variados en su topografía; sin embargo, ninguno de ellos se distancia, en cuanto a dimensiones y situaciones que lo controlan, de la posición experimental estándar. Pero la conducta que se transmite en las sociedades humanas no es siempre de este tipo. La cultura acumula experiencias y ahorra a los sujetos la necesidad de exponerse permanentemente a las consecuencias de su propio comportamiento. Al final, la explicación conductista desemboca en un nuevo problema. Dada su orientación ambientalista, y la atención prestada por Skinner a los problemas de la educación, al control de la conducta humana y a la necesidad de aceptar una planificación deliberada de la cultura, el estudio de la transmisión de la conducta abre un nuevo campo que no queda aclarado por la sola idea de la «supervivencia» (que se refiere más al resultado de los procesos comportamentales que a los mecanismos en cuya virtud se hace posible y tiene lugar la transmisión de un repertorio determinado). La revisión de este último tema nos dará además ocasión para acabar de situar la perspectiva psicológica de Skinner y discutir de nuevo algunos de sus supuestos.

Al menos de entrada, no parece que el conductismo esté especialmente pertrechado para abordar este problema. La ausencia de un concepto jerarquizado de la conducta, que tome en consideración la variedad de niveles de complejidad y organización cualitativamente diversos, circunscribe en principio su estudio a los aspectos puramente temporales y epidérmicos de los procesos que la determinan. Ahora bien, limitarse al número, frecuencia y situaciones ambientales que responden del condicionamiento, por legítimo que sea, en el caso del hombre supone, como hace años señaló Chauvin⁵⁰,

50 R. Chauvin, 'Ethologie et comportement', en L. Canestrelli y Otros: *Le comportement* (PUF, Paris 1968) 55,

estudiar la «capa precambriana» del comportamiento. Es desde luego un estrato real de las conductas, pero las hay no sólo más complejas sino superiores y de distinta especie. La transmisión cultural nos sitúa en esa dirección.

A esta dificultad inicial vienen a sumarse otras. Por legítima que en principio sea la extrapolación de los resultados experimentales del laboratorio a la vida real, en el caso del conductismo se presentan dos nuevos problemas, de peso y envergadura desiguales, que no parecen haber obtenido hasta ahora una respuesta muy satisfactoria.

a) *El supuesto de la generalización ambiental y de las especies*

El primero de ellos se refiere a la reducción operada por uno de los supuestos básicos del conductismo (que explica las ambiciones normativas de todo su sistema teórico): la generalización ambiental y la de las especies. La primera supone que la caja de Skinner es representativa de todas las situaciones ambientales posibles (por más que se diferencien en su complejidad). La segunda, que las ratas o las palomas son representativas de todos los demás organismos (por más que sus comportamientos tengan distinta topografía). La conclusión de este supuesto es que «un esquema descriptivo que es adecuado para caracterizar el comportamiento de las ratas y de las palomas en dos diferentes cajas de Skinner lo es también para caracterizar el comportamiento de todos los organismos en todos los ambientes»⁵¹. Pero este supuesto no ha podido demostrar su validez. Ni el comportamiento humano es controlable en su totalidad por procesos idénticos en esencia a los que controlan el de especies inferiores, ni las situaciones ambientales mantienen características homologables a los sistemas más o menos cerrados del laboratorio.

En su discusión con Skinner, Herrnstein recuerda que el conductismo se formuló originariamente como una ciencia de laboratorio cuyo objetivo era «la predicción de las propiedades cuantitativas de los reflejos representativos» (*La conducta de los organismos*, 26) y no la descripción de la conducta global de ninguna especie en particular. Lo que sucede es que de tan circunspecto y elíptico propósito se pasó muy rápidamente, como hemos visto en la primera parte, al

51 Cf. B. D. Mackenzie, citado en nota 11, 148.

estudio de unas criaturas muy determinadas, las personas humanas, y en este paso hay implicaciones que tal vez no permitan mantener inalterados los supuestos de partida. «Los conductistas han confundido, a veces, la relativa simplicidad de la conducta de laboratorio con la conducta que se da fuera de él, especialmente con respecto a las variables que trataban de describir»⁵².

La idea central del control y predicción se convirtió en una de las fuentes de equívoco más importantes. Cuando el análisis experimental se trasladó al campo de la actividad humana, el carácter predecible del comportamiento se tomó como prueba de la falta de libertad de cualquier acción sin más. Con ello se confunden varias cosas. En primer lugar, la condición de predecible no se opone en sí misma a la condición psicológica de la libertad: lo que no es libre es una reacción automática o un proceso de conducta que no esté informado por mecanismos autorreguladores de la propia actividad y evaluativos de la situación en la que se produce. Pero el acto humano más autónomo y personalizado puede muy bien presentarse como un comportamiento de hecho predecible. Además, y en segundo lugar, se confunde el sentido exacto de la predicción experimental que, en psicología, se limita a «formular hipotéticamente la influencia de un factor sobre un fenómeno que se estudia en circunstancias controladas»⁵³. Afirmar, pues, que la psicología tiene por objetivo predecir el comportamiento sin más limitaciones es, como mucho, una metáfora. La única forma de legitimar esta extrapolación

52 R. S. Herrnstein, 'Hacer lo que resulta natural', *Estudios de Psicología*, 1980/1, 79.

53 J. Nuttin, *Théorie de la motivation humaine* (PUF, Paris 1980), 247. Nuttin propone, muy razonablemente en mi opinión, renunciar en psicología al uso del término «libertad», dadas las connotaciones que arrastra consigo y sobre las que una psicología que se atenga a sus posibilidades reales tiene muy poco que decir en ningún sentido. Otra cosa son los supuestos desde los que se habla y desde los que se hace psicología o se interpretan sus datos. Debería resultar innecesario advertir que el psicólogo no puede pasar de un plano a otro sin darse al menos cuenta del salto que intenta realizar. Pero la ingenuidad epistemológica de los psicólogos no parece terminar nunca. Véase un ejemplo en el texto siguiente en el que, a estas alturas, se niega toda posibilidad de conducta libre por el hecho de que siempre se tratará de una conducta situada: «Una conducta estrictamente libre es, en verdad, un absurdo: estrictamente libre sería una conducta emitida en un ambiente «vacío», en una ausencia de ambiente, ausente por tanto de cualquier consecuencia, y por ello mismo una conducta imposible» (J. B. Fuentes Ortega y E. Lafuente Niño, cit. en nota 32, 275). Los autores se podrían haber ahorrado caer en semejante trivialidad con la sola lectura de algún texto clásico, por ejemplo, Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I-II, 13, 6c.

en todas sus pretensiones es partir de nuevo de una relación necesaria previa y rehusar cualquier dato que la invalide, no por irrelevante sino por imposible. O sea, negar, si se presenta, la evidencia misma. Y en este punto la actitud del conductismo no ha estado de hecho muy lejos de la política del avestruz.

b) *El lenguaje como «conducta» y algo más*

El segundo problema se presenta como consecuencia de las características especiales del lenguaje, mediador en todo aprendizaje humano de tipo social. ¿Es posible explicar la conducta verbal humana sobre la base del estudio de la conducta animal? Skinner reconoce que el comportamiento verbal requiere que se le aborde con categorías adecuadas: «La conducta que es efectiva sólo por la mediación de otras personas tiene tantas propiedades distintivas dinámicas y topográficas que justifica y, de hecho, exige un tratamiento especial» (*Verbal Behavior*, 2). Con todo y con eso, estas propiedades distintivas no reciben ninguna clase de reconocimiento efectivo posterior, y ello se debe sin duda a que de nuevo se las somete a la triple relación de las contingencias de refuerzo: «Ahora podemos comprender perfectamente cómo un estímulo o una propiedad de un estímulo adquiere control sobre una forma de respuesta. La forma de una respuesta está modelada por las contingencias que prevalecen en una comunidad verbal» (*Ibid.*, 115).

Al situar la explicación funcional del comportamiento verbal en los límites del análisis de la conducta, Skinner lo convirtió de hecho en imposible. Una aproximación experimental exige controlar con exactitud las variables que determinan una conducta y, en el caso del lenguaje, no resulta además factible aislar la «historia de refuerzos» a que un hablante concreto ha podido estar sometido: «En cualquier repertorio verbal amplio encontramos una mezcla confusa de relaciones entre formas de respuesta y formas de estímulos. El problema es llegar a encontrar las unidades básicas de 'correspondencia'» (*Ibid.*, 116). De hecho, a pesar de su amplitud, *Verbal Behavior* se limita a formular las posibilidades teóricas ('Un programa', p. 1) del análisis experimental del comportamiento verbal. Ni Skinner ni sus discípulos han avanzado un paso hacia su realización, aunque este punto no tiene ahora mayor importancia.

Pero el estudio de la conducta verbal ofrece en Skinner algún aspecto complementario más, sobre el que nos detendremos aún unos

instantes. Ya recordé en la primera parte que el análisis experimental de la conducta verbal representa el asalto definitivo, por parte del conductismo skinneriano, al «hombre interior» y la reducción más drástica de lo humano al nivel común de cualquier comportamiento. Este interés reiterado de Skinner por dar una imagen del hombre «sin atributos» culmina en *Verbal Behavior* con la negación de cualquier actividad —verbal o mental— que no esté sometida a la ley de toda conducta: «El punto de vista más sencillo y más satisfactorio es que el pensamiento es simplemente *conducta* —verbal o no verbal, encubierta o manifiesta. No hay ningún misterioso proceso responsable de la conducta, sino que la conducta misma en todas sus complejidades controla las relaciones tanto con respecto al hombre que se conduce como al ambiente en el que vive. Los conceptos y métodos que se han desarrollado en el análisis de la conducta, verbal o de cualquier clase, son los más apropiados para el estudio de lo que tradicionalmente se ha llamado la mente» (*Ibid.*, 449), «El pensar, como comportamiento —comenta aprobatoriamente MacCorquodale—, no tiene propiedades de respuesta peculiares ni fuentes de control propias. En consecuencia, el hablante pierde de nuevo su papel de instigador autónomo»⁵⁴. La dirección a que apunta el estudio de la conducta limita la presencia de sus agentes causales, como ya he comentado, a un espacio ambiental en última instancia anónimo. En ningún otro ámbito del comportamiento como en éste se muestra tal reducción con tanta claridad: el locutor es «un *locus*, un espacio en el que un número de variables converge en un único punto para producir un resultado igualmente único» (*ibid.*, 313). Pero la unicidad del resultado, como la unicidad (identidad) de la persona, expresan la irrepitibilidad de un hecho, de una dotación genética o de un conjunto casual de contingencias. Y nada más. «La persona no es un agente generador; es un *locus*, un punto en el cual confluyen muchas condiciones genéticas y ambientales en un efecto común» (*Sobre el conductismo*, 155).

54 K. MacCorquodale, 'Verbal Behavior, de B. f. Skinner. Una apreciación retrospectiva', en *¿Chomsky o Skinner?*, 186-7. Y continúa: «De esta forma, el razonamiento en *Verbal Behavior* avanza inexorable e implacablemente hasta el final derrocamiento del hablante como agente autónomo. Chomsky, reaccionando ante esta conclusión, al parecer vio —de forma totalmente correcta— que la argumentación de *Verbal Behavior* se deduce, por completo e impecablemente, de sus premisas» (187). Lo que MacCorquodale no puede admitir es que son precisamente las premisas las que convierten *Verbal Behavior* en un «ejercicio de interpretación» a fin de cuentas bastante estéril.

El análisis experimental de los comportamientos verbales no representa, pues, una aportación especialmente novedosa en relación al ya conocido de cualquier conducta. A pesar de su condición omnipresente en la actividad humana, en Skinner su función queda claramente reducida. Más aún, no hay en él propiamente un estudio de la interacción verbal. El problema no es sólo que «no hayamos logrado desembarazarnos del locutor por completo» (*Verbal behavior*, 312), sino que se produce una confusión entre el lenguaje como producto formal de la interacción social entre individuos y la interacción misma. Por ello a última hora no puede ofrecer un análisis de la actividad verbal en cuanto conducta humana. La orientación analítica de la ciencia de la conducta, y muy probablemente la dificultad para percibir una relación que no sea una réplica de la situación experimental claramente asimétrica del laboratorio, le llevan a una fragmentación de la conducta verbal en la que el interlocutor queda sin perfiles concretos y se convierte en un simple sustituto del estímulo reforzador: «el locutor puede ser estudiado suponiendo un auditor, y el auditor suponiendo un locutor» (*Ibid.*, 2). De este modo el comportamiento verbal se descontextualiza, y su condición interactiva pierde toda significación distintiva para convertirse de nuevo en un episodio conductual más en el que, en última instancia, todo vale lo mismo⁵⁵.

c) *Un último ejemplo:
la conducta gobernada por reglas*

Con estos horizontes, es comprensible que la distinción establecida por Skinner entre la conducta modelada por contingencias y la conducta gobernada por reglas (*Contingency-shaped vs. rule-governed behavior*) no haya tenido apenas reflejo en el conjunto de su obra⁵⁶.

55 Cf. E. Ribes Iniesta, *El conductismo: reflexiones críticas* (Fontanella, Barcelona 1982) 73-98 y 'Un análisis histórico y conceptual de las teorías del aprendizaje', en R. Bayés y J. L. Pinillos, *Aprendizaje y condicionamiento* (Alhambra, Madrid 1989) 1-26.

56 La presentación más extensa en *Contingencies of Reinforcement*, 133-71. Un resumen en *Sobre el conductismo*, 113 ss. Tampoco ha recibido mucha atención en la psicología conductista. Cf. algunos datos en E. Huertas Rodríguez, 'Procesos cognitivos y condicionamiento humano', en R. Bayés y J. L. Pinillos, *Aprendizaje y condicionamiento* (Alhambra, Madrid 1989) 372 ss.

Una rata en el laberinto o una paloma en una caja de Skinner aprenden a desenvolverse en contacto directo con el medio: su comportamiento está modelado por las contingencias que actúan sobre él. Y siempre que, en un contexto ambiental determinado, la conducta tenga unas determinadas consecuencias, hablamos de conducta modelada por las contingencias. Pero en el hombre existe otra forma de acción que amplía su poder de relacionarse con el mundo: son los comportamientos gobernados por unas determinadas reglas, que suplen en cada caso la presencia de las contingencias, y evitan exponerse a sus efectos. «Regla» es un término en el que Skinner agrupa prácticamente todos los contenidos culturales en cuanto transmisibles entre individuos o entre grupos: consejo, mandato, directriz, instrucción, máxima, leyes diversas... El control del comportamiento mediante reglas nos sitúa, pues, en medio de la cultura como proceso acumulativo de transmisión de conocimientos adquiridos. Es el ámbito de la representación simbólica y del lenguaje, y como tal extensible indefinidamente.

La perspectiva entreabierta por esta distinción parece dar prioridad al mundo de las reglas, en cuanto representan el campo de lo posible y pueden traducirse en proyectos distanciados del refuerzo y, por lo mismo, con alguna autonomía en relación a las contingencias (que son siempre del presente). Pero admitir esto supondría practicar una fisura importante en el muro compacto del sistema y ya hemos visto hasta qué punto se considera esencial mantener en todos los campos de la conducta una identidad estricta. Por ello esta perspectiva resulta a fin de cuentas accidental en la obra de Skinner. A pesar de presentarla como un programa capaz de integrar una gran diversidad de situaciones (*Contingencies of Reinforcement*, 169-71), en realidad no ha sido desarrollada en ninguna dirección.

Más aún, el mismo Skinner se cuida de poner las cosas en su sitio. En relación con la conducta operante, las reglas funcionan como estímulos discriminativos, precursores y moduladores del comportamiento que las sigue. Ahora bien, «como estímulo discriminativo que es, una regla es efectiva en cuanto forma parte de un conjunto de contingencias de refuerzo. Una especificación completa debe incluir el refuerzo que ha modelado la topografía de una respuesta y la somete al control del estímulo» (*Ibid.*, 148). Si por un momento pensamos poder salirnos del mundo de las contingencias, era sólo un sueño.

Al despertar hemos recordado que «eran las contingencias, no las reglas, lo que existía antes de formular las reglas» (*Ibid.*, 161-2).

Menos mal que «ninguna teoría cambia aquello a lo que la teoría se refiere; el hombre permanece siendo lo que siempre ha sido»⁵⁷.

BERNARDO FUEYO SUAREZ

57 *Más allá de la libertad y la dignidad*, 265. El proyecto inicial de este estudio sobre la obra de Skinner incluía una tercera parte, dedicada a revisar algunas cuestiones metapsicológicas y otras relativas a la crítica externa al conductismo. Mi intención era también reflexionar sobre los aspectos rescatables de su obra en una psicología menos reduccionista. Pero la extensión alcanzada por las dos primeras hace imposible alargar este trabajo. Sirva este dato de excusa para su brusco final.